



Fiesta de San Juan de Sahagún

Queridos hermanos:

Celebramos la fiesta de san Juan de Sahagún porque nuestro patrono no es un mero recuerdo del pasado; está vivo para siempre en Dios y nos acompaña con su testimonio de vida santa y con su intercesión en nuestro caminar en las nuevas circunstancias que atraviesa nuestra Iglesia diocesana en cada etapa de su historia.

Antaño reconcilió las enemistades de nuestra ciudad con su predicación y con su vida cercana a los hombres desde la comunión con Dios, alegre y de buen humor, perseverante en el ejercicio de la caridad material y espiritual, libre en la defensa de la verdad. Ahora tiene que seguir siendo para nosotros una guía para encontrar los caminos de santidad y de vida ciudadana a la medida de cada uno y de la comunidad de hoy, ante los desafíos que nos presenta la cultura de la increencia y del pretendido bienestar de la existencia instalada en la finitud temporal, sin valores de aceptación general ética, espiritual y religiosa. Así corremos el riesgo de ser encerrados en un consumismo individualista, egoísta y deshumanizador, que carece de criterios y fortaleza para discernir y transformar en su raíz los fenómenos sociales y económicos que condicionan la vida personal y familiar y la convivencia social.

Hace un año os invitaba a celebrar la fiesta de San Juan de Sahagún en el horizonte espiritual de la gozosa llamada a la santidad que el Papa Francisco nos había dirigido en su exhortación “Alegraos y regocijaos”. Hoy podemos continuar con fruto aquella primera llamada, fijando la atención en algunas notas de la existencia cristiana en santidad en el mundo actual, es decir, de la perfección de la caridad en el seguimiento de Jesucristo, según nos ha mostrado hoy su Palabra: “*Amad a vuestros enemigos...para que seáis hijos de vuestro Padre celestial*” (Mt 5, 44-45). En consecuencia, nos ha dicho san Pablo: “*Benedicid a los que os persiguen... A nadie devolváis mal por mal. Procurad lo bueno ante toda la gente... manteneos en paz con todo el mundo... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer... No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien*” (Rom 12, 14-21).

Nos referimos a “**cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo**”, de particular importancia en la cultura de hoy, en la que se manifiesta la ansiedad nerviosa y violenta, la negatividad y la tristeza, la pasividad consumista y egoísta, el individualismo y la espiritualidad sin Dios (GaEx 110-111).

La primera manifestación del amor de Dios que nos sostiene es *el aguante, la paciencia y la mansedumbre*. “Desde esa firmeza interior es posible soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos” (GaEx 112). “Hace falta luchar y estar atentos frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que se



arraiguen” (GaEx 114). “También los cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital”. Aun en medios católicos se pierden los límites del respeto por la fama ajena (GaEx 115).

Pero la obra de la gracia nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social. “El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata” (GaEx 16).

Considerar a los demás como indignos y dar lecciones permanentemente “es una forma sutil de violencia” (GaEx 117), que ha de evitarse con el cultivo de la humildad, gozándose del bien de los otros como del propio y queriendo que los pongan a ellos delante en todas las cosas. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón liberado del egocentrismo y la agresividad, con ayuda de las humillaciones voluntariamente asumidas (GaEx 118-121).

La segunda manifestación del amor es *la alegría y el sentido del humor*. “El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado” (GaEx 122), como lo vemos reflejado en san Juan de Sahagún. Nos referimos a la alegría que brota de la fe y del amor a Dios y al prójimo; no a la alegría consumista que empacha el corazón y brinda placeres ocasionales pero no suscita gozo y paz interior permanentes (cf. GaEx 128).

La tercera nota de la santidad es *la audacia y el fervor*. Estas actitudes expresan la superación del temor y el crecimiento del aliento apostólico, suscitados por el encuentro con el Resucitado y la infusión de su Espíritu (GaEx 129-139). “Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo” y “para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros” (GaEx 133).

La costumbre nos seduce y nos dice que no podemos hacer nada para cambiar algo que siempre ha sido así. Por ello, “ya no nos enfrentamos al mal y permitimos que las cosas sean lo que son, o lo que algunos han decidido que sean”. Pero dejemos que el Señor venga a despertarnos de nuestra modorra, a liberarnos de la inercia. “Desafiemos la costumbre, abramos los ojos y los oídos, y sobre todo el corazón, para dejarnos descolocar por lo que sucede a nuestro alrededor y por el grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado” (Ga Ex 137).

Dios nos empuja una y otra vez a ir más allá de lo conocido. “Nos lleva donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo!” (GaEx 135). “Pidamos al Señor la gracia de no vacilar cuando el Espíritu nos reclame dar un paso adelante, pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida



cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado” (GaEx 139).

Verdadera expresión de audacia y fervor evangélico ha sido el programa de renovación espiritual, misionero e institucional que nos propuso el Papa Francisco en *La Alegría del Evangelio* y que la Diócesis de Salamanca asumió en el año 2014 como orientación para su Asamblea Diocesana. Desde su clausura, en octubre de 2016, sigue en marcha hoy el proceso de su aplicación, con incipientes frutos de renovación de las celebraciones eucarísticas, de la catequesis de la iniciación cristiana, de la colaboración de los religiosos en la pastoral diocesana y de la actividad apostólica de los fieles laicos, de especial significación en las cofradías.

Una audaz provocación ha sido la llamada a la alegría de la santidad. Y llena de audacia misionera está la reciente exhortación *Christus vivit*, del 25 de marzo de este año, sobre la evangelización de los jóvenes. E igualmente la convocatoria de un mes misionero extraordinario, para suscitar en todos los miembros del pueblo de Dios una mayor conciencia de la misión de anuncio del Evangelio, que brota del bautismo y del don del Espíritu.

Para el mes de octubre, con el lema “*Bautizados y enviados*”, en nuestra Diócesis está ya esbozado el programa de actos de oración, celebraciones y otras acciones misioneras, a las se invita a quienes se sienten “discípulos misioneros”. La información se hará llegar a través de las parroquias, comunidades y redes sociales.

La cuarta nota de la vida santa indica que es un camino a recorrer *en comunidad*. Si estamos aislados y demasiado solos perdemos fácilmente la claridad interior de la fe y el sentido de la vida cristiana (GaEx 140). Compartir la Palabra, celebrar juntos la Eucaristía y estar atentos a los pequeños detalles del amor en la vida diaria “nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera” (GaEx 142).

La quinta nota nos remite a la *oración constante*. En el silencio de la oración resuena la suave voz del Señor que hace posible discernir los caminos de la propia santidad (cfr. GaEx 149-150). “Es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado”... Entonces, “¿hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón?” (GaEx 151).

Los rasgos mencionados remiten en su conjunto a la vida santa como un camino de bello combate, que ha de recorrerse *con vigilancia y discernimiento*.

El discernimiento se ha vuelto más necesario, porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción como si fueran todas válidas y buenas. Así podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del



Carlos López Hernández

momento (GaEx 167). “El desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella” (GaEx 163).

El discernimiento es la única forma de saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo... Supone una buena capacidad de razonar, pero es sobre todo un don del Espíritu Santo, que hay que suplicar y, al mismo tiempo, hemos de esforzarnos en desarrollar con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo (GaEx 166).

San Juan de Sahagún fue un guía seguro en el discernimiento espiritual para cuantos acudían a él en busca de consejo y de reconciliación. Hoy pedimos por su intercesión el don de maestros de espíritu semejantes a él.

Salamanca, 12 de junio de 2019